

SINESTESIEONLINE

SUPPLEMENTO DELLA RIVISTA «SINESTESIE»

ISSN 2280-6849

a. XII, n. 38, 2023

«IL PARLAGGIO» – RECENSIONI

***Un montón de ojos en la cabeza* (parte integrante del espectáculo *Movimiento I*, organizado por el Colectivo Tres Flechas y del que también formaron parte la cantante Sabrina Díaz y la escritora Sohe G. Rossi). Intérpretes: Pedro Dalton (letra, voz) y Luciano Supervielle (composición musical, teclados).**

Realizado en El Mingus, Montevideo, Uruguay, julio del 2021.

Una pared descascarada, una mesita con flores, una lámpara, teclados y algunas plantas, delimitan el espacio desde donde *Un montón de ojos en la cabeza* empezará a tomar cuerpo, a desarrollarse. La utilería es un atril y un megáfono, que Dalton usará en una oportunidad para distorsionar su voz, haciendo más potentes las palabras. Estamos frente a un espacio mínimo; el espacio no-convencional de El Mingus, que atrapa sin mediaciones la mirada del otro, de ese espectador que penetra en el viaje que se les propone (que se nos propone). Es un viaje por el mundo de hoy, complejo y frágil, un viaje por un mundo que se percibe como atado con alambre, en donde el

hombre es traspasado por contradicciones, y las vive y sufre. Se hace un recorte, entonces, en un momento particular en la historia (la pequeña y la grande), en donde “se afilan tijeras con el corazón/se corta el circuito de la estupidez”, según refiere el texto.

Un montón de ojos en la cabeza es, según lo querramos ver, una canción de algo más de veinte minutos que Dalton recita/canta, o también puede ser un monólogo, o un poema cantado o un monólogo lírico. Tal vez es todo eso y más. La postmodernidad nos dejó con la idea de que los géneros son borrosos, que son permeables, que a veces se desbordan y que de ese desbordamiento surgen propuestas fronterizas, difíciles de catalogar o de encuadrar, como esta. El texto se va construyendo a través de la historia de un hablante que va pasando por diferentes estadios y emociones, relacionadas todas con su propia interioridad y con el mundo que lo rodea. Hay desazón en ese hablante, que proviene, sin duda, del hecho de estar viviendo tanto en un país como en un mundo que comparten la característica de ser “chato”, tal el preciso adjetivo

utilizado. En este mundo, en donde “la gente se disuelve”, el hombre, así como puede ser reducido a la nada, puede también ser manejado: todos somos iguales, y estamos regidos por una tecnología que nos abarca uniformemente: “somos la manada blanda/sudando un aire rancio”, se señala. Lo social se instala, entonces, como una denuncia. ¿Qué ha pasado con el mundo de hoy? ¿Y con el hombre dentro de ese mundo?

La música en vivo de Supervielle despliega el mundo que *Un montón de ojos en la cabeza* presenta, y se percibe a veces misteriosa, a veces etérea o irónica. Le otorga un contrapunto sonoro al texto, puntuándolo, acompañándolo y hasta adelantándolo (como sucede con esos sonidos de campanas que introducen, minutos más tarde, el motivo recurrente de las campanas en la letra). La propia mirada del músico para con el texto, lo condiciona, haciendo que Supervielle sea un hablante más, que sea parte de la letra así como lo es obviamente de la música. Lo mismo sucede con Dalton, pero a la inversa; la simbiosis texto/música es plena. Es cuando el texto deviene íntimo, que la música calla, se hace casi imperceptible. En ese momento de ausencia musical, la música, paradójicamente, se hace más fuerte y realza la verbalidad. A través del despojamiento sonoro, se describe, ahora, a la amada. Cuando la música vuelve a aparecer, ya lírica y tranquila, se relata una pérdida, la de esa

misma amada. El hablante comienza a narrar tal situación, haciéndonos partícipes a los que estamos del otro lado, pero al mismo tiempo es también un acto de recuerdo para consigo mismo: “te ví llorar/no pude hacer/ni dar/te ví llorar/no pude hacer que algo/se entibiara/ porque el sol/ se ha velado/perdí pasión/y no te dí/la forma de mostrármelo”. En ese recordar, tal vez trate de entender que fue lo que sucedió cuando perdió al ser amado, cuando perdió, según señala, “la llave”.

¿Cómo responde el hablante frente a esas situaciones que van marcando su experiencia vital, y de las cuales es a veces testigo y otras protagonista? La respuesta llega desde el optimismo, desde el hacer, desde el no permanecer pasivo. Se trata, entonces, de tomar partido desde y con la escritura, con “la birome [que] saca chispas en los renglones” y con lucidez, “ese elemento indispensable para la fuerza del alma”, dice la letra. A través de ese tomar partido, se construye, se crea, dejando de lado ese espacio poblado por lo que el autor llama las “utopías descosidas”. Es un trayecto hacia un espacio más confiable, más humano, mediatizado por el acto de la escritura.

El grito final, en donde la música es silenciada para dar paso a la expresión más primitiva y poderosa, nos convoca en lo que ese mismo grito propone: tal vez la purificación que llegue luego de la destrucción, ese empezar de nuevo, ahora, tratando de

coser los pedazos rotos y dispersos de
las utopías. ¿Qué más se puede pedir?

MARIANA PENSA